

BIBLIOGRAFIA

TORRES DE VIZCAYA, por Javier de Ybarra y Pedro de Garmendia. Tomos II y III. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 1946.

Hace unos meses nada más registrábamos la aparición del primer tomo de esta obra y, al hacerlo, dedicábamos un emocionado recuerdo al malogrado Garmendia, muerto antes de la publicación, y abrimos un amplio crédito a la infatigable laboriosidad del sobreviviente, que había de terminarla solo, en la seguridad de que no nos defraudaría. Y como si él no quisiera que flaqueáramos en la confianza que tan conscientemente le otorgamos, nos envía no uno sino los dos tomos que faltaban para completar el trabajo. No es Javier hombre que corra peligro de tener que declararse en suspensión de pagos por no poder atender a sus compromisos.

El nombre de Pedro viene, también, con el de Javier de Ybarra en estos dos nuevos volúmenes. No sabemos dónde acaba la colaboración del llorado Garmendia y dónde empieza la fraterna generosidad de su colaborador. Pero no debemos intentar desflorar este íntimo y sentimental secreto de dos buenos amigos que comenzaron juntos un trabajo para terminarlo unidos en espíritu, aunque la muerte los separara antes de llegar al final. La Muerte puede acabar con una vida, pero no puede apagar una obra ni el cariño de una amistad bien llevada. Y los nombres de Pedro de Garmendia y Javier de Ibarra cubren por igual la totalidad esta obra que les llevó tantos afanes y que Dios no ha querido que vieran terminada los dos.

La labor de sus autores es realmente ejemplar. Después de haber dado en el primer tomo todas las Torres de las Encarnaciones, nos dan, en el II, las de la Merindad de Uribe, y en el III, las de las Merindades de Busturia, Marquina, Durango, Zornoza, Arratia-Vedia y Orozco. Circunscrito el término Merindad, al Infanzonazgo de Tierra llana de Vizcaya, pudiera creerse que quedaban fuera las villas y, con ellas, las Torres enclavadas dentro de sus recintos murados o no; pero no hay tal, sus autores han tomado la Merindad en su acepción meramente geográfica y han registrado dentro de cada una las correspondientes a las Villas sitas en ellas, de forma que están catalogadas y descritas todas las Torres de Vizcaya que aún se tienen en pie, aunque sean desfiguradas, las que no conservan ya más que pobres vestigios, y aquéllas que habiendo perdido todo lo material, han dejado sólo el recuerdo.

La simple labor de inventario, aunque no hubiera más, sería, por la escrupulosidad con que está hecha, digna del mayor elogio. Pero no es sólo un inventario lo que nos ofrecen los señores Garmendia e Ybarra, sino también un avalúo, avalúo espiritual se entiende, proyectado sobre los linajes que fundaron y habitaron los Torres que les ocupan. Cada una va descrita arquitectónicamente, con todos los detalles, y, a renglón seguido, se refiere una sucinta genealogía de sus moradores y los hechos más importantes acaecidos en ellas. Quiere decir que media historia de Vizcaya está recogida en esta obra, proyectada además geográficamente sobre los propios nidos lo que la hace más comprensible y singular. Numerosos gra-

bados y fotografías la enriquecen notablemente, constituyendo un todo tan meritorio y estimable que quisiéramos, por bien del País, ver trasplantado a las demás provincias.

M. C. — G.



EL ORIGEN DE LA ADVOCACION Y LAS IMAGENES DE LA VIRGEN BLANCA, por Angel de Apraiz, Catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Valladolid. 1947.

Don Angel de Apraiz está todavía en muy buena edad para rendir servicios preclaros a la cultura. Pero, como era el benjamín cuando formó en las filas de catedráticos de Universidad, lleva ya más de treinta años siendo martillo pilón en la forja de la historia del arte. Ello quiere decir que ha adquirido gran autoridad en el cultivo de esa disciplina. Y, si a eso se añade que el tema de la cultura de las peregrinaciones ha sido para él sujeto obsesivo de sus estudios, y se considera que, como buen **babazorro**, tiene fervores verdaderamente hiperdúlicos por la Virgen patrona de su Vitoria, habrá que admitir forzosamente que este estudio sobre "El origen de la advocación y las imágenes de la Virgen Blanca" es totalmente afortunado.

Así es, en efecto. Tal es el acopio de datos despojados en cualesquier fuente suministradora de noticias, que el texto adquiere una densidad que, precisamente por sus características de solidez, pierde algo de esa fluidez que se hace siempre grata a los oídos del lector. Pero Apraiz, que ha solido tener relaciones con las musas, no sacrifica la erudición a las galas literarias. Cada cosa a su tiempo.

Para él, las Virgenes Blancas o de las Blancas, Nieves o de las Nieves, vienen a ser sustancialmente numeradores de un denominador común. Tal vez la alburra de las materias en que están talladas o la polieromía que con faz blanca se les ha yuxtapuesto viene a ser el principal motivo de su denominación. A mí no me impresiona tanto la expresión **Andra Mari Zuri** con que abona su tesis; me parece de elaboración moderna. No así la de **Sanduzuria**, que se atribuye a la de Arlajona, porque esa expresión en lugar perdido para nuestro idioma y dada su formación morfológica, sí que tiene ralgambre popular y arcaica.

En abono de las ideas expuestas por el docto catedrático vallisoletano se puede consignar aquí que el Abate Orsini habla, en un estudio sobre el culto de la Virgen y refiriéndose a los primeros tiempos de su devoción en Grecia, de las Virgenes blancas a que rendian culto los todavía recientes adoradores de la mitología clásica. Por cierto que menciona también una Nuestra Señora la Blanca en la iglesia de los fúidenses en Ouville, país de Caux.

La frondosidad de las advocaciones de virgenes blancas en territorio navarro le lleva a Apraiz a relacionar tal exuberancia con los caminos de peregrinaciones, y también en esta apreciación le acompaña el éxito. La Virgen Blanca de Vitoria es una más, entre las inscritas en esos caminos. Y es la Reina de las virgenes blancas del contorno, incluso de las guipuzcoanas de los alrededores de Alava. Perdonemos al docto profesor ese alarde de im-

Todo lo blanco, sea materia de talla, pintura de polleromía, plumaje de paloma, nombre de dama e incluso hábito de fraile, rindió en el medioevo su calidad de albura en homenaje a la Reina de los Angeles. Por eso quiere Apraiz que se llame la Blanca a la Virgen de Vitoria, pero quiere también que siga rindiéndosele culto en el día en que se conmemora el milagro de las nieves.

F. A.



IRADIER, por José María Cordero Torres. Instituto de Estudios Políticos. Colección España ante el Mundo. Madrid 1944.

La figura y la obra del grande y anacrónico conquistador español que fué Manuel Iradier y Bulfy —no tuvo semejante entre sus contemporáneos salvo Pío Cid— ha sido abordada con acierto por el experto africanista Cordero Torres, en un breve y atractivo libro que debe dejar alguna huella en nuestra Revista.

La acción de Iradier en Africa es tratada en su perspectiva histórica de un modo vivo y mhucioso. La situación del proceso de colonización del continente, la política europea y nacional con él relacionada y las peripecias de los dos viajes de Iradier a las tierras del Muni, así como el valor de éstos para la vida española, son narrados con plena competencia del tema, no exenta de pasión, y con humana simpatía hacia el hombre. Las páginas dedicadas al ambiente vitoriano en la juventud del futuro explorador tienen especial interés. El carácter personal de Iradier queda, sin embargo, algo indeciso; Cordero Torres no ha querido aventurarse a novelar un tanto el sorprendente peregrinaje de su indomable protagonista, y, faltos del dato íntimo, sus acciones nos parecen en ocasiones heroicas, pero ciegas.

La obra es, en conjunto, excelente y su lectura suscitará por fuerza muchas reflexiones; algunas bien sombrías sobre el pulso de España por aquellos años que, a juicio de Ortega, fueron “un panorama de fantasmas, y Cánovas el gran empresario de la fantasmagoría”.

Pero aquí sólo quisiera resaltar la extraordinaria afinidad que, como tipo humano, ofrece Iradier con relación a los hombres de la naciente **Bascongada**. La índole de sus inclinaciones, su dinamismo y sociabilidad, su capacidad para inventar y proyectar en los más diversos órdenes científicos y su preocupación innovadora —el lema de la primera sociedad que organiza, **La Joven Exploradora**, es “Conocer lo desconocido”—, así como el ámbito internacional de sus aficiones —trató a Stanley y sostuvo correspondencia con Flammarión— nos lo presentará como un auténtico Caballerito de Azcoitia.

P. de G.



LA QUIEBRA, por Juan Antonio de Zunzunegui.—2 T. Editorial Mayfe. Madrid. 1947.

Querido Zalacain: "Y perdona que te hable de tú", como en aquel verso tan bonito de Pérez de Ayala; te lo digo porque he leído "La Quiebra". Yo podía haber hecho de su lectura, una recensión al uso que sería, claro está, francamente elogiosa; pero no quiero porque puesto en crítico habría de decirte las mismas cosas que te han dicho otros y que, al ser repeticiones y ser más, maldito lo que os habrían de interesar ni a ti ni a los lectores. Podría, también, haberte escrito una carta privada, pero como tú y yo, que tanto nos hemos paseado juntos, no nos hemos escrito nunca, me resultaría embarazoso hacer ahora lo que no he hecho en tantos años que nos conocemos. Por esto elijo este sistema mixto de carta abierta que no puede tener, ya se comprende, la pretensión de una crítica ni la intimidad recogida de una epístola entre amigos. Es que, después de haber leído tu última novela tenía ganas de felicitarte y de decirte lo que más y lo que menos me ha gustado de ella; es una manera cordial de enjuiciar que hemos solido utilizar bastante en nuestros paseos a "La Punta".

Lo que más me ha gustado, Juan Antonio, es la honda y delicada ternura que has logrado en algunas escenas. Recuerdo, por ejemplo, aquella en que Bea, movida por un deseo insatisfecho de maternidad, delira con Matildita llegando a hacerla suya mentalmente, en sus afanes y desvelos. El pensamiento y la palabra se deslizan con elegante naturalidad, unidas por una emoción caliente que es el verdadero nervio de la acción. Y, aquella otra, menos honesta, desde luego, llena de intenso dramatismo en que, Bea, también, casada ya, se deja alucinar con el espectro del pelotari. Yo no me atrevería a decir que sean las más acertadas del libro, pero sí puedo asegurarte que son las que una vez cerrada la novela, me han seguido en el recuerdo.

Lo que menos me ha gustado es la extensión. Creo como tú que la cantidad valora indiscutiblemente la calidad; pero "La Quiebra" podía haber desamarrado algunos capítulos sin que la cantidad se resintiera por eso ni perjudicara a la calidad, sino antes al contrario.

Como yo no soy moralista ni me llamo Pemán, nada quiero decirte del problema moral del libro, y menos, concretamente, de la confesión de Bea, en Begofía, ni de su fiebre de maternidad hecha con anverso de consideraciones tuyas y tuyas y reverso del P. Rivadeneira.

Mi más entusiasta y cordial enhorabuena y un fuerte abrazo.

M. C.-G.



CUENTOS VIEJOS DE LA VIEJA ESPAÑA (del siglo XIII al siglo XVIII).

Estudio preliminar, retratos literarios, selección y notas de Federico Carlos Sainz de Robles, Archivero-Bibliotecario-Arqueólogo, Subdirector de la Biblioteca y Museo de Madrid.—M. Aguilar. Madrid. 1943.

Se trata, como se echa de ver en el título y en sus aclaraciones, de una compilación de cuentos de autores bien notados. La selección está hecha

con todo cuidado y los textos están extraídos de las mejores fuentes. Y un prefacio sobriamente erudito, con más unas noticias bio-bibliográficas que anteceden a cada grupo de cuentos de un mismo autor, presta valor y solidez a la empresa literaria, servida, por otra parte, con el decoro tipográfico habitual en las ediciones de Aguilar.

Entre los cuentos seleccionados están los atribuidos a Esteban de Garibay. Se acompaña la atribución con todas las reservas del caso, y nada hay que objetar a cuanto sobre ese particular se dice con criterio muy razonable y razonado.

Las notas biográficas acusan tal vez defecto de información. Quiere esto decir que el compilador, que ha tenido buen cuidado de escudar sus afirmaciones en fuentes enunciadas con toda claridad, ha dejado de beber en la fuente más directa: en las memorias autobiográficas del propio Garibay. Han sido éstas calificadas de minuciosas y hasta de nimias, y aunque el señor Simón Díaz ha acusado al historiador guipuzcoano de ocultar en ellas lo que no enalteciera a su persona, hay que convenir en que en lo indiferente, y mucho más en lo enaltecedor de su prestigio, las noticias por él dadas con ese su sentido de minuciosidad han de ser muy aprovechables para un biógrafo suyo.

De haber estudiado en las Universidades de Salamanca y Alcalá, como se lee en las notas biográficas del señor Sainz de Robles, no hubiese dejado de consignarlo quien proclamó sus estudios truncados en la Universidad de Oñate. Tampoco hubiera dejado de anotar que un día se sintiera deslumbrado por la emoción de las armas imperiales españolas, ni que ese ardiente deseo hubiera quedado anulado por cierta cojera adquirida en trapalistas estudiantiles de que tampoco hay rastro en sus Memorias.

A mi juicio, estamos enfrente de una transposición de noticias cruzadas entre titulares del mismo apellido, como miembros que eran de la misma familia. Esa confusión de noticias no parece atribuible al señor Sainz de Robles, sino a sus ilustradores, aunque no los citados; que han incurrido en errores de que no nos vemos libres quienes caminamos por el escurridizo camino de la historia.

El Garibay estudiante de Alcalá no sería, dentro de esta interpretación, Esteban de Garibay, sino su hermano Juan, como consta indubitadamente en las Memorias de aquél. Y el Garibay empeñado en brillantes hechos de armas sería el progenitor de ambos Esteban de Zamalloa y de Garibay (no hay que parar mientes en la voluntaria permuta de apellidos paterno y materno) que ese sí que militó con ardimiento en las guerras imperiales del Milanésado y luego en las fronterizas de Guipúzcoa.

En cambio, nuestro Esteban de Garibay, el historiador, ejerció también actividades guerreras, a pesar de su presunta cojera. Pero sus actividades milicianas fueron de corto cuño y estuvieron imperadas por las representaciones administrativas que ostentó en servicio y obsequio de sus convecinos de Mondragón. Su alferazgo distó mucho de ser profesional.

Hechas estas reservas exigidas por la naturaleza del biografiado y por la de este BOLETIN, bienvenido sea el buen libro del señor Sainz de Robles que ha merecido bien por su labor.

F. A.



VENTURA DE PEDRO DE VALDIVIA, por Jaime Eyzaguirre. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1946.

Jaime Eyzaguirre que en estos meses es huésped de los españoles ocupa en Chile, su tierra natal, una relevante posición intelectual y universitaria. De progenie vasca —precisamente de Marquina—, ha dado en la Universidad madrileña una conferencia sobre "El aporte vasco a la nacionalidad chilena" que será publicada por la Revista de Estudios Políticos. En la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas ocupa en este curso la cátedra de "La política en los estados actuales", y dedica sus lecciones a la "Evolución política de Chile". Es hombre inteligente, efusivo y más orgulloso de su sangre hispánica que del heroísmo de los araucanos. Podemos sentir en su trato una doble impresión: se trata de un español "nuevo", de una modalidad joven y llena de flexibilidad de la estirpe ibérica pero, a la vez, tenemos la sorpresa de hallarnos con un hombre en el que viven los ademanes altivos de nuestra antigua hidalguía.

Este libro, primero de los suyos que nos llega, la historia de las venturas y desventuras de Pedro de Valdivia, es interesante y agradable. Asocia el rigor del historiador y la plástica imaginación del novelista con fortuna. El tono general de la narración, atendida al cuadro rígido de los hechos bien conocidos, es lírico, descriptivo y profundamente humano; pero cuantos diálogos o discursos se intercalan en el texto están tomados de documentos fidedignos y, en ocasiones, reproducidos literalmente. El contraste entre la dramática ovación de las escenas y sucesos y las fieles palabras que allí se dijeron y su feliz fusión en el relato están realizados con excelente acierto.

Las increíbles y tenaces hazañas de Pedro de Valdivia, a juicio del autor, fundaron la nacionalidad chilena. Esta generosa y exacta visión de la obra de los conquistadores es, además, de enorme importancia para esa futura inteligencia entre todos los pueblos hispánicos de la que Jaime Eyzaguirre es un fértil ejemplo.

P. de G.



INDICE DE LA COLECCION DE DOCUMENTOS DE FERNANDEZ DE NAVARRETE QUE POSEE EL MUSEO NAVAL, por el P. V. Vela, subdirector del Museo Naval y del I. Histórico de Marina. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1946.

Para nosotros el Mar tiene, desde antiguo, un raro embrujo y no porque pensemos que hemos de oír en él el canto de las Sirenas que, además, acaso logremos escucharlas algún día, sino porque tenemos la conciencia de que conserva las páginas más sugestivas de la Historia y encierra lo mejor de nuestra vida. Por eso abrimos con tanta curiosidad cualquier libro que trate de él. Con semejante disposición de ánimo es natural que cogiéramos con emoción el que nos ocupa; es, nada menos, que el índice de la llamada "Colección Fernández de Navarrete". Este viejo "Caballerito alumno" del Real Seminario de Vergara es en nuestra Patria uno de los más firmes puntales del culto al Mar. Podría decirse que su vida no tuvo

otro destino. Comisionado en 1789, con Don José Vargas Ponce y Don Juan Sanz de Barutell para examinar y transcribir cuantos documentos de interés marítimo-naval hubiera en distintos Archivos españoles a fin de formar un fondo con destino a la Biblioteca-Archivo de la Marina, Don José Fernández de Navarrete puso su entusiasmo y laboriosidad al servicio de la empresa que se le confiaba, llegando a reunir 2.521 unidades que constituyen la Colección de su nombre que hoy se halla en el Depósito Hidrográfico de Madrid.

El P. Vela, tan amigo de los amigos del mar, ha revisado y ordenado concienzuda y pacientemente los índices de esta Colección, ha formado otros de Buques, Armadas y Flotas, Topográfico y onamástico debidamente alfabetizados y, con todo, ha hecho un denso e interesantísimo volumen que ha publicado el Instituto de la Marina, afecto al Consejo S. de I. C. Lo anuncia un documentado prólogo de Don Julio Guillen que, una vez más, ha puesto de manifiesto sus profundos conocimientos de la historiografía marítimo-naval y su gran amor por Fernández de Navarrete.

No vamos a intentar descubrir la importancia de estos índices. Depositados los documentos a que se refieren, en un lugar determinado, difícilmente pueden ser conocidos no ya sus textos, ni aún siquiera meras referencias, por numerosos curiosos. Su impresión los lleva a todas las manos abriendo un ancho portillo a la investigación y facilitando el conocimiento de lo que, de otro modo, raramente podría llegar a saberse.

Proyectado el índice que nos ocupa, sobre el país vascongado ofrece un interés extraordinario. Los nombres de nuestros pueblos costeros y de nuestros navegantes vuelan ancho y largo por todas las páginas despertando en nosotros la más viva curiosidad. Lástima es que en las inscripciones 1.065, 1.066, y en las repetidas correspondientes, se haya dejado escapar una errata de tanto bulto como la de tomar los Países Bajos, por País Vasco, dándole a éste una jerarquía estatal con Ministros y todo que no le corresponde, ya que puede dar pie a torcidas interpretaciones de la historia, pues con bases parecidas se han levantado errores que andan por ahí. Esto no empece, claro está, a que el trabajo del P. Vela sea meritisimo y que, por él, le expresemos nuestra más viva gratitud.

M. C. - G.



LA CATEDRAL DE CALAHORRA. (Notas histórico-arqueológicas), por Manuel de Lecuona. Publicaciones Berceo, año II, núm. 2, 1947.

En condensada prosa, hace el Sr. Lecuona una revisión al estudio predominantemente de índole histórica, como hace constar en su título, del templo calagurritano, tan menospreciado por Lampérez, en su valoración artística.

Aunque intrínsecamente la citada sede no sea de un valor plástico de primera magnitud, es manifiesta la importancia de este estudio, pues es de todos conocido que aparte de ser Calahorra una prolongación de la tierra vasca y hallarse habitada por gentes de nuestra sangre y lengua, se hallaba incluida en una de las vías más frecuentadas de expansión de nuestras artes, y así nada de extraño tiene que a lo largo de las páginas

de su monografía veamos aparecer los nombres familiares para nosotros, de los Olave, Oñate, Bazcardo y otros artistas vascos que allí dejaron indudablemente el sello de su obra.

Divide el autor el estudio arquitectónico en cuatro capítulos que él dedica a cada una de las sucesivas restauraciones por que pasó la fábrica de la Catedral, desde su primitiva factura visigótica —aún discutida y discutible— a través del romanismo y las dos reconstrucciones góticas más importantes. Todo ello lo avalora y documenta con gran copia de testimonios que prestan a la obra el característico sello de erudición del señor Lecuona.

Después de estudiar detenidamente el cuerpo del edificio, pasa a ocuparse, en un nuevo capítulo, de la disposición de capillas, altares y retablos, esta vez penetrando más a fondo en la crítica artística, y aprovechando para la parte descriptiva del aporte de sabrosas referencias documentales.

En conjunto, un acierto más en la obra del Sr. Lecuona, y un sólido armazón de datos históricos para el estudio de nuestro arte.

J. M. M.

